

versos de Ronsard o de Musset, pronunciando en majestuoso tono los himnos épicos de Víctor Hugo.

¡La gran nación! Nacida para el cumplimiento de egregios destinos, como Minerva de la frente de un Júpiter Olímpico.

¡La gran nación! que durante largos siglos, como las vírgenes de los viejos templos, ha mantenido para dignificar al hombre, viva la luz del genio que preside los destinos de la tierra, mientras fuera de los santuarios, la tormenta fatiga el corazón de los hombres.

RÓMULO TOVAR

DON Elías nos contestó: «Yo no sé escribir. Jamás he hablado de cosas tan vastas como el cielo o el océano. ¿Cómo decir algo de Francia? ... Además, nadie ignora que amo a Francia, juntándose admiración y gratitud. Ya lo he dicho cuantas veces ha sido necesario».

«Les ayudaré si me es posible. Pero debo declararles que no tengo calendario, y quiero a Francia hoy, mañana y el 14 de Julio también».¹

Don Elías tiene razón. Esta querencia de los latinos por Francia, no conoce fechas ni condiciones. Sin haber admirado su suelo ni sus monumentos, sin haber vivido su vida, ya sea la agitada y frívola de los bulevares, la paciente y fecunda de sus escuelas y museos,

¹ El éxito de la manifestación hecha a Francia se debe en gran parte al empeño de dos estudiantes de derecho: don RICARDO FOURNIER y don SANTIAGO DURAN. A fines de Junio llegaron a mi oficina a pedirme un artículo para *La Información* del 14 de Julio. Las palabras que el señor Fournier publica fueron mi respuesta en un momento de verdadera turbación.—ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

o la plácida y austera de sus hogares y sus talleres, y hasta sin hablar su hermosa lengua, nosotros amamos a ese pueblo extraordinario en su historia, en sus obras y en sus hombres.

Es amor que no se detiene en paradójicas afirmaciones: nos deslumbra y seduce la galante Corte de Versalles tanto como nos entusiasma hasta el delirio la soberbia reunión del Juego de la Pelota; y en el resplandor de gloria que irradia de sus anales, nuestra devoción asombrada se rinde ante el Genio de la Guerra y también ante el Genio de la Poesía y la Libertad, acaso porque ambos fueron apenas formas del alma de Francia.

Como hombres que somos, la causa que Francia defiende ahora, el Derecho ante la Fuerza, es la misma nuestra. Pero nuestro amor por ella no tiene origen en este momento histórico, ni es venero de rencores o prejuicios contra otros pueblos: es amor que arde en nuestras venas limpio de todo interés y toda mezquindad, desde que somos, y que así pasará a nuestros hijos sin perder una sola de sus hondas palpitaciones. Amor que—como todos los amores de verdad—no se mira en si aquella segunda Patria del Hombre es pobre o rica, es feliz o desgraciada, es débil o poderosa; bastándole tan sólo que ella posea esa elevación y refinamiento del espíritu y esa nobleza del corazón que la señalan como «la razón de ser de una raza».

Regocijémonos hoy, con ese pueblo querido. La celebración de un aniversario significa un esfuerzo contra el olvido que nos meten en el entendimiento los años. Hagamos siempre algo para que no se borre en el recuerdo de los hombres la hazaña popular del 14